



Un tiempo sabático en los lugares destacados montfortianos

PONTCHÂTEAU, Francia - *Compartimos con gratitud el testimonio del Padre Amílcar José Alves Tavares, SMM, de la Delegación general portuguesa, que relata su año sabático pasado en las comunidades montfortianas de Francia. Fue una experiencia de formación continua, de vida comunitaria y de inmersión en las raíces del carisma montfortiano, vivida como un verdadero tiempo de gracia.*

Tiempo de gracia en el corazón de los Lugares destacados Montfortianos

Un año sabático se dedica generalmente a una profundización teológica y espiritual en una Universidad o un Instituto católico. Cuando pedí oficialmente a la Administración General un año así, de acuerdo con las orientaciones del último Capítulo General que llamaba a valorizar la formación continua de los misioneros, se me sugirió que la pasara en Francia, en uno de los lugares importantes de la vida de San Luis de Monfort.

He aceptado esta propuesta que me ha permitido entrar en contacto con otro país, otra lengua, viviendo en una comunidad muy internacional e intercongregacional, constituida por la Familia

Monfortana: las Hijas de la Sabiduría, los Hermanos de San Gabriel y los Misioneros Montfortains, más precisamente en la ciudad de Pontchâteau, 11.500 habitantes, en el departamento del Loira Atlántico; esta comunidad está encargada de la animación espiritual de la parroquia Sainte-Croix-de-Monfort y el santuario del Calvario de Pontchâteau. El rector del santuario es el P. Santino BREMBILLA, SMM, superior general emérito SMM. Le estoy agradecido por haberme abierto las puertas de su comunidad.

Vivir en una comunidad de cinco nacionalidades diferentes también ha sido un desafío importante. Como dijo el Papa Francisco: "Muchas comunidades religiosas son hoy verdaderos laboratorios de interculturalidad". Después de diez meses y como evaluación final de este recorrido, quisiera compartir algunos elementos que han hecho de este período de mi vida un tiempo de gracia.

En primer lugar quiero subrayar que esta experiencia me ha ayudado a interiorizar mejor la espiritualidad montfortiana, gracias sobre todo al hecho de vivir en contacto directo con algunos de los lugares más significativos donde el Padre de Montfort residió y predicó. El hecho de haber trabajado en la limpieza y mantenimiento de los lugares montfortianos, con el grupo de voluntarios, me ha permitido encarnar más la espiritualidad, hacerla bajar del conocimiento al corazón, lo que siempre es lo más difícil. La posibilidad de celebrar la Eucaristía en las iglesias donde San Luis de Montfort predicó, como Pontchâteau, Missillac, Crossac, Sainte-Reine-de-Bretagne, Saint-Roch, Besné, Saint-Guillaume, Sainte-Anne-sur-Brivet, nombres entre tantos otros que hablan mucho a los Misioneros Montfortianos, también me animó a crecer en mayor comunión con nuestro fundador.

Vida comunitaria, interculturalidad y misión compartida

Este tiempo me ha permitido participar en los diferentes eventos anuales que ya son una tradición en Francia, organizados por la Viceprovincia, especialmente la Peregrinación Montfortiana a Lourdes, la Marcha Montfortiana y el retiro anual de la Viceprovincia. Son momentos únicos de formación, a través de una experiencia espiritual muy concreta - la geografía inspira el camino espiritual - en contacto directo con una organización dirigida por laicos, que es referencia en Francia. Estos tres eventos me han ayudado a descubrir la riqueza del carisma y de la espiritualidad montfortiana, y a observar cómo es compartida por tantas personas. Es inspirador para nuestra Congregación ver cómo, a través de la música, se puede seguir dando vida a los textos del Padre de Montfort.

Mi presencia en la comunidad me ha permitido ayudar a mis hermanos en la celebración de las misas, el sacramento de la reconciliación, los diálogos personales, insertarme en los rituales de la vida comunitaria, al servicio de una comunidad religiosa que lo ha solicitado, Aunque solo fuera de vez en cuando; también me permitió realizar un trabajo manual en el huerto y el jardín, lo que, en mi opinión, también es una riqueza durante este tiempo.

Una comunidad internacional nos desafía a crecer en la apertura al otro y en compartir la espiritualidad montfortiana, incluso cuando pertenecemos a congregaciones diferentes. No es menos importante reconocer que la presencia de un misionero procedente del extranjero, aunque sea temporalmente, facilita el reemplazo de los cohermanos cuando tienen que ausentarse, ya sea por vacaciones o en caso de imprevistos. Doy gracias a Dios por los hermosos momentos vividos en comunidad y a mis hermanos por haberme acogido tan generosamente y ayudarme a caminar con ellos. Valió la pena!

Quiero destacar el trabajo realizado con un grupo de voluntarios, un día a la semana, para el mantenimiento del parque que rodea el Calvario de Pontchâteau, como muy estimulante en el camino montfortiano. Los laicos son también nuestros maestros, aunque no siempre comparten los mismos valores espirituales.

Creer en la lengua francesa, el silencio y la libertad interior

Una experiencia de formación y actualización espiritual en un país extranjero plantea muchos desafíos que nos hacen crecer. Podemos profundizar nuestro conocimiento del idioma - lo cual no es sin importancia ya que Montfort escribió en francés - idioma que yo había "abandonado" a la edad de 17 años y que acabo de retomar; superar el miedo al error y tener una mente más

abierta para conocer mejor el alma del pueblo, su sensibilidad humana y espiritual. El idioma no lo es todo, pero contribuye a que conozcamos y amemos la rica cultura y espiritualidad de una nación. He podido contar con el aliento y la comprensión del pueblo de Dios, de mis hermanos de la comunidad y de las personas que han corregido mis homilías. Incluso sin cursos formales de francés, se puede aprender mucho en un país que no es el nuestro, a condición de dejar que su espíritu se interese por el país anfitrión y saber aprovechar la oportunidad para compartir la riqueza que cada uno posee. No juzgo el resultado de mi comunicación - si mi francés era a menudo "bárbaro", creo que el espíritu era bueno; volví enriquecido por el testimonio de las personas que conocí en Francia.

Por último, pero no menos importante, hay todo un trabajo personal que se hace en el silencio del día: lecturas, profundización de la espiritualidad montfortiana; sobre este punto, los diálogos y las sugerencias de lectura del hermano Juan Friant, superior general emérito FSG, Me han ayudado mucho, y le estoy profundamente agradecido. También hay que destacar el tiempo dedicado a la preparación de las homilías, además de la oración personal, con el fin de utilizar siempre bien el tiempo. Como se puede ver, no he viajado mucho para descubrir todo lo que Francia tiene que mostrar al mundo, en todos los niveles. Fue un año sabático, creo, poco costoso, pero sin embargo memorable.

Para tener éxito, esta experiencia debe, en mi opinión, llevarse a cabo sin preocuparse por las asignaciones futuras que se deben asumir o proponer. Esta libertad interior es esencial para que la persona pueda sumergirse en la experiencia y sacar el máximo provecho de ella. Esperamos que esta experiencia, vivida en primera persona, sea la primera de una larga serie para los Misioneros Montfortianos, especialmente para aquellos que son más jóvenes que yo, dispuestos a un año sabático en Francia, período destacado de formación y pasión por la espiritualidad montfortiana. Todo el mundo se beneficia: los que se van, los que reciben y, al final, la misión en el espíritu que soñaba Saint-Louis-Marie.

Me queda una última palabra, que tomo de un canto que los jóvenes católicos les gusta cantar en Francia: ¡¡¡Cómo no alabarte Señor Jesús... Gracias a Dios!!!

P. Amílcar José ALVES TAVARES, SMM